

RESEÑAS



El llanto de Vasco*

Arturo Anguiano

Jorge Munguía nos entrega una novela sobre sucesos y personajes que hace más de 500 años incidieron de manera radical en un mundo que desde entonces aparece más extenso y complejo. La obra se desarrolla como el largo diálogo entre dos personajes reclusos en el Monasterio de Santa María de la Rábida, en Andalucía; el primero, fray Indalecio, a quien atrae la forma tormentosa en que pasa sus días fray Ginés, viejo franciscano que en su larga vida se había sorprendido con su experiencia vivida en la Nueva España, donde se refugia acompañando al obispo Vasco de Quiroga, quien a contracorriente trata de reorganizar la vida en común en la región Purépecha.

De entrada, se encuentra uno con una primera visión sobre la época, determinada por lo que entonces se tomó como descubrimiento de un nuevo mundo, luego con el tiempo se trató de teorizar como encuentro de dos mundos y que, en 1992, durante el 500 aniversario de la intrusión en nuestras tierras, se denuncia ya como una invasión europea, específicamente castellana, que provocó un auténtico holocausto en Mesoamérica, en el continente todo que se nombraría América y de entrada en el Caribe. Se adentra uno a los personajes y en especial en la visión y acciones contradictorias de Vasco, en cuya vida se centra la historia.

Había nacido en 1470 en Madrigal de las Altas Torres, se dedicó a la jurisprudencia y al derecho canónico y llegó a México-Tenochtitlan en 1531 como miembro de la Segunda Real Audiencia (una suerte de tribunal con facultades gubernativas), siendo nombrado obispo de Michoacán en 1538. Si bien condenó desde el inicio la guerra de conquista y la esclavización de los indios, acabó por aceptar la encomienda y la necesidad de imponer la religión

* Reseña de la obra *El llanto de Vasco*, de Jorge Munguía Espitia, México, Ediciones Proceso, 2019. Texto leído en la presentación organizada por Ediciones Proceso en la 33 FERIA Internacional del Libro de Antropología e Historia, Museo Nacional de Antropología, Ciudad de México, octubre de 2022.

católica incluso por la fuerza. La evangelización acompaña la conquista militar y luego se convierte en elemento decisivo del dominio y el régimen colonial.

Los largos recuerdos de fray Ginés se convierten la mayor parte del tiempo en un tremendo monólogo cargado de ira y melancolía, el horror sobre las atrocidades que cometían los conquistadores, en especial los encomenderos.

Eran hombres que iban adueñándose de territorios, sometiendo a las poblaciones de nativos por medio de la guerra y de la aniquilación. No tenían misericordia y mataban a sus oponentes brutalmente. Las mujeres eran violadas y luego hechas servidoras. Se apoderaban de todo: valles, montañas y hasta de ríos y lagos. La violencia era su arma y con ella destruyeron edificaciones, esculturas, pinturas, códices, pero, sobre todo, hombres y niños (2019: 14-15).

Se trataba de que la autoridad eclesiástica frenara la codicia de los conquistadores y en realidad larga será la historia de las intervenciones de la Corona y sus funcionarios que tardarán en tratar de regular o apaciguar una situación incontrolable que corría el riesgo de diezmar de tal manera a la población, que anulara sus pretensiones de riqueza apoyada en su trabajo y el tributo obligados.

A través del narrador en que se convierte fray Indalecio, el autor recupera los esfuerzos de Ginés por viajar a la Nueva España y su largo viaje hacia la gran Tenochtitlan, devenida villa española, por el agobiante camino hacia los infiernos, como dice Ginés. Jorge Munguía nos entrega bellas páginas sobre cómo se va abriendo un mundo distinto, con paisajes, vegetaciones y pájaros desconocidos, precipicios y montañas cubiertas por las nubes y encuentros inesperados con rebeldes invisibles, los “oriundos sublevados”, que confrontan a fray Ginés con la resistencia incluso a veces suicida, ante la impotencia frente al conquistador.

Ya en tierras purépechas, al llegar a Valladolid, Ginés conoce en directo la brutalidad de los encomenderos, pero igualmente un mundo que por todas partes se encuentra en construcción con el trabajo esclavo. Grandes palacios y edificaciones hechas de piedra, roca volcánica y tezontle que contrastaban con las chozas miserables; por todas partes la muerte de los indígenas por maltratos o por agotamiento, debido al esfuerzo extremo del trabajo forzado: “los indígenas eran estrujados por capataces que continuamente hacían tronar sus fustas”, cuenta fray Ginés.

En ocasiones, prosigue, atizaban a algún trabajador. Sus cuerpos eran extremadamente delgados por la escasez de alimento y la excesiva brega. La piel era de bronce y la mirada de todos ellos parecía extraviada, quizá en otro tiempo y circunstancia. Pensé que los encargados se apenarían por ver a varios sacerdotes que observaban el maltrato que les daban a esos hombres. Ninguno se inquietó, en nosotros veían a peninsulares como ellos, venidos a colonizar a esos engendros del demonio que

eran los indígenas [...] Algunos nativos caían exhaustos y eran retirados a un baldío donde había decenas de hombres tendidos. Arriba los buitres rondaban el lugar con el vuelo bajo y circular [...] y me di cuenta de que algunos indígenas trataban de ayudar a bien morir (2019: 47-48).

Ginés narra su encuentro con Vasco de Quiroga en Pátzcuaro, ciudad fundada por éste. Cómo transcurre la vida en esa ciudad y en toda la región con la presencia y las intervenciones del obispo de Michoacán. La manera como impone una cierta división del trabajo y especializaciones en las distintas comunidades y su intención de que más que competir, todos puedan llevar al mercado de Pátzcuaro sus productos para intercambiarlos. Cómo siembra la región con iglesias, talleres y hospitales. No deja de criticar la perversión del uso del dinero que se va introduciendo.

Ginés cuenta cómo percibe la opresión de los purépechas, explotados, engañados y burlados por los encomenderos y las autoridades, aunque se sentían conmovidos ante las promesas de que podría crearse una sociedad distinta “en sus tierras, con sus gentes y las nuestras”, como lo pretendía e intentaba Vasco de Quiroga. Y se pregunta fray Ginés: “¿Cómo crear un nuevo cosmos con seres tan viles como la mayoría de los españoles y, tengo que decirlo, con muchos religiosos que se dedican al abuso de los purépechas?”. Por eso los indios no podían creer que pudiera crearse “un mundo diferente regido por el respeto, el perdón, la caridad, la simpatía” (2019: 83). También relata Ginés sus relaciones con los españoles en los espacios refinados como la iglesia, el palacio y el hostal: “Ahí, frente a sus congéneres, utilizaban máscaras corteses y selectos modales”. Se ocultaba el drama de las plazas, las calles y los campos: no se veían los despojos e injusticias.

La injusticia y el despojo por todos lados. Fray Ginés se dilata explicando sus encuentros con Juan Ynfante, que bien podría considerarse el paradigma del encomendero. Sorpresa, horror, indignación y hasta cierta fascinación se trasminan en sus dichos sobre ese personaje “astuto y trapacero” llegado de Cuba, que aprovecha la ausencia de Hernán Cortés, entonces de viaje a España, para apropiarse de variadas encomiendas en la región mediante falsificaciones, manipulaciones y corruptelas. De hecho, aquí Ginés cede la palabra a Vasco quien relata sus desencuentros con el encomendero y sus largas gestiones para recuperar la ciudad de Pátzcuaro, las posesiones por él usurpadas. El mismo Ginés menciona luego sus propias pláticas con el encomendero, prepotente y voraz, relata cómo el exceso, la prepotencia y la demasía lo acompañan dondequiera que va. Pero igualmente el espanto íntimo que percibe en el encomendero, así como la degradación del sometido; observa que los indígenas asimilados a su séquito le profesaban admiración y hasta idolatría, ya sin coraje ni rebeldía, luego de haber sido sometidos con violencia. También Ginés comenta

su sorpresa por la gente de todos los medios que conoce, incluso mestizos o peninsulares, la manera como se transforman, sus relaciones, sus modos, la simulación, el engaño que prevalecen.

La novela transcurre rápido. Al final el relato de fray Ginés se detiene en la experiencia particular o en el sueño de Vasco de Quiroga, quien trató de erigir en Pátzcuaro una nueva sociedad con un nuevo modo de vida en común, con una grandiosa catedral de cinco naves donde cupieran todos los dolores y pudieran distribuirse los distintos grupos que constituían la comunidad religiosa que trataba de crear. Pero los españoles se negaban a integrarse con los indígenas y los mestizos, “no soportaban convivir en Pátzcuaro”, construyeron su propia ciudad alterna, Valladolid. Los propios purépechas, según cuenta Ginés, preferían vivir en soledad (2019: 110).

Ginés y Vasco son personajes cuya personalidad se va revelando en el transcurso del largo relato y en especial se perciben las contradicciones del obispo de Michoacán, un defensor de indios que sin embargo se somete a la lógica y a las necesidades de la Corona, lo que lo lleva a avalar la perpetuidad de la encomienda y su parafernalia, con las consecuencias en cuanto a los servicios personales y el tributo de los purépechas, esto es, la esclavitud del trabajo forzado y el impuesto obligatorio. Actitud muy distinta a la que sostuvo hasta el final de sus días, por ejemplo fray Bartolomé de Las Casas, quien se sintió traicionado por Vasco.

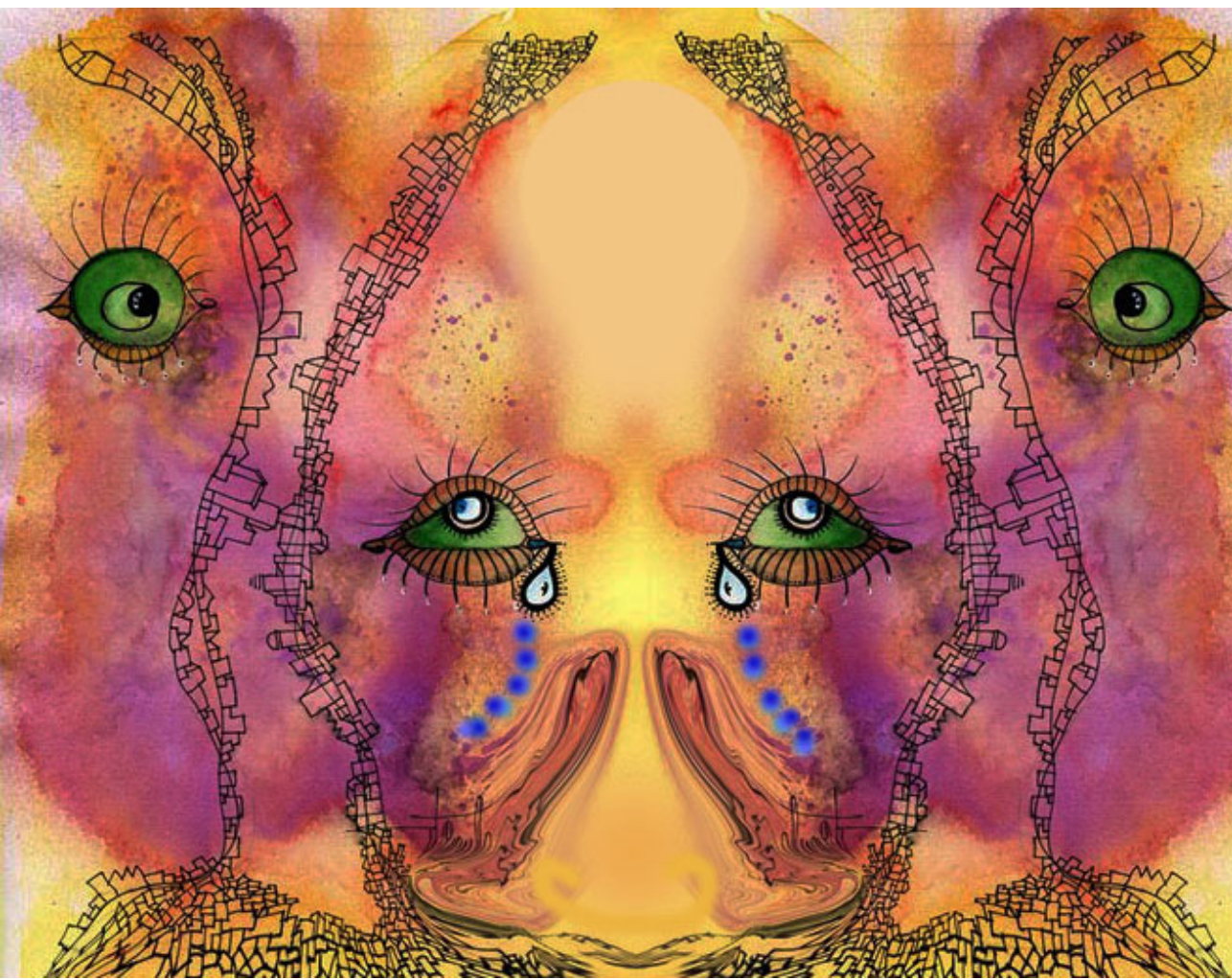
Ya con más de 80 años, agotado y agobiado, Vasco de Quiroga no deja de recorrer los caminos para visitar las distintas poblaciones. Caminando rumbo a Tzintzuntzan se topa con un viejo sabio indígena, un tlamatini purépecha, Chureni (anochecer), quien lo interpela y cuestiona. Precisamente la novela concluye con el dramático relato de fray Ginés de ese encuentro. El tlamatini le reprocha a Vasco la esclavización provocada por los gachupines, la destrucción de su mundo: “Ya no somos nada, Tata, le dice, el sabio indígena, hemos perdido el mundo que habíamos creado”, la sociedad que erigieron “descansa en la atrocidad”. “Estar con ustedes y participar en sus comunidades, le dice Chureni al obispo, es hacerlo como hombres de segunda, como prisioneros, como siervos, sirvientes, criados. Mejor morir”. Celebramos la muerte porque es lo mejor de la vida, “porque para nosotros es la manera de estar mejor, de estar en paz [...] morimos para vivir mejor”. Así fue siempre, “la muerte es lo mejor de la vida, pero ahora para nosotros tiene un sentido más fuerte porque es la única manera de mantener nuestra dignidad, salvo que queramos caer en la ignominia de una vida avanzada y europea”. Y concluye: “Han enseñado el miedo y secado nuestras flores. Ahora vivimos en la miseria y el horror. ¿Quién le dijo que eso queríamos?” (2019: 114-118).

La trama ideada por Jorge Munguía concluye con la desesperación, la desilusión, la frustración de Vasco de Quiroga que, luego del choque con el sabio purépecha, se deshace en un angustioso torrente de lágrimas que sólo culmina

al día siguiente con su muerte, el 14 de marzo de 1565. El llanto de Vasco en realidad brota luego de eso que podríamos llamar el largo grito horrorizado y triste de fray Ginés, que se prolonga a lo largo de toda la historia que la novela narra.

La prosa de Jorge Munguía no tiene desperdicio. Es dura, cruda, incluso de una suerte de realismo crítico descarnado, como el de José Revueltas; la rabia y la indignación trasminan por todas sus páginas. Más que una reconstrucción histórica, es un grito que transcurre a través de los siglos para revelar una situación que no dejó de cambiar y sin embargo siguió siendo semejante. De ahí que *El llanto de Vasco* resulte en extremo actual, en un mundo que una y otra vez recupera y reproduce las más monstruosas prácticas de opresión, despojo y discriminación, pero igualmente de la resistencia y la dignidad de pueblos originarios y en general comunidades que sobreviven a pesar de todo y de todos. Octavio Paz veía una relación entre los Tlatoanis mexicas, los virreyes tributarios de los mismos, los dictadores como Porfirio Díaz y los presidentes del régimen emergido de la Revolución de 1910-1920, como una suerte de continuidad de la dominación, del poder, asentado en una violencia persistente que la masacre del 2 de Octubre en Tlatelolco condensa. De la misma manera, 500 años después de la invasión europea a nuestro Continente se hizo patente que los pueblos indios habían sobrevivido con su larga resistencia: mantienen sus identidades, sus diversas y ricas culturas, así como sus formas de gobierno –por más que transformadas– y luchan por la vida contra la muerte en un mundo cada vez más adverso y ominoso.

No dejemos de leer *El llanto de Vasco* que nos regala Jorge Munguía.



VICENTE GUZMÁN RÍOS | *Filias*

Acuarela y digitalización sobre papel Fabriano